

conquista, encuentran en ellos trazas marcadas de la tradicion piadosa. Un culto casi general en toda la cristiandad en el siglo XIX (1); la concesion de oficio propio á María, bajo el título de *Guadalupe*, por el mas sabio y crítico papa en el XVIII (2); la informacion mas exacta, legal y jurídica en el XVII (3); milagros confesados por un militar conquistador y escritor en el XVI (4)... ¿Pueden echarse áncoras mas firmes, para sostener la piadosa creencia contra los vientos desencadenados de la crítica, que intenta hacerla sospechosa y derribarla? Conocéis, oyentes, cuán fácil me sería desenvolver estas ligeras insinuaciones; pero mi discurso no tendría fin y así únicamente diré con confianza, que si despues de esto se niega una piadosa fe á la verdad de la aparicion de María santísima al mejicano, y el prodigio de su imágen estampada en la tilma, al mismo golpe cae cuanto se dice de Loreto, Zaragoza, Monserrat, Peña de Francia, Atocha y otras apariciones é imágenes. En vano se objeta contra la vuestra el silencio de los historiadores, la falta de documentos originales, la carta del virey Enríquez y el dicho del padre Bernardino de Sahagun. Ademas de que los dos primeros son argumentos negativos, cuya debilidad conocen bien los críticos que se valen de ellos, ¿sera extraño que los que escribieron en España, como Herrera, Salazar y López, ó muy léjos de Méjico, como el P. Acosta, oprimidos del peso enorme de hechos militares y políticos que ofrece el descubrimiento y la conquista, guardasen silencio sobre la aparicion?

(1) Este culto es un hecho constante, y no necesita prueba. La real Congregacion establecida en Madrid lo ha promovido de un modo asombroso y digno de la imitacion de otras congregaciones.

(2) Benedicto XIV, en bula dada á 25 de mayo de 1754, que empieza: *Non est equidem* confirmó el patronato y concedió oficio propio para la fiesta de nuestra Señora, bajo el título de *Guadalupe*, añadiendo muchas gracias, indulgencias y privilegios que ya habian concedido otros papas. Se le presentó una hermosísima copia del original, y quedó tan prendado, que él mismo compuso la oracion para la misa y oficio.

(3) Con motivo de un milagro sucedido en Oajaca en el año de 1665, se hizo en el de 66 una informacion jurídica sobre la aparicion de María santísima á Juan Diego, y resultó la verdad del hecho de la deposicion de los testigos, ocho de los cuales eran indios, dos de cien años, otros dos, uno de ciento y diez y otro de ciento y quince, dos de ochenta, uno de ochenta y cinco, y otro de setenta y ocho; todos los cuales sabian el hecho de personas que habian conocido á Juan Diego, y vivian cuando sucedió la aparicion. Dichos testigos fueron examinados en Quauhtitlan. En Méjico se examinó otra muchedumbre de testigos que depusieron lo mismo.

(4) Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España*, cap. 209.

Acaso ignorarian la tradicion en este punto; acaso pidieron inútilmente los documentos originales. Otros, como Gil González Dávila, trataron muy por encima aún de los hechos eclesiásticos; pero Bernal Díaz del Castillo, que siguió á Cortés en toda la conquista y no se manifiesta muy crédulo, ¿no es un buen testigo en favor de la verdad propuesta? Pues este en el capítulo 209 de su Historia se explica así en su estilo soldadesco: « y mire qué hay de hospitales y los grandes perdones que tienen, y la santa casa de nuestra señora de Guadalupe, que está en la de Tepeaquilla, donde solia estar sentado el real de Gonzalo de Sandoval, cuando ganámos á Méjico, y miren los santos milagros que ha hecho y hace cada dia, y démosle gracias á su Dios y á su bendita madre nuestra Señora por ello, que nos dió gracia y ayuda que ganásemos estas tierras, donde hay tanta cristiandad. » Milagros en Guadalupe para apoyar un embuste? Qué! ¿puede hacerlos el Dios de la verdad en confirmacion de un error? Ah! tú nos engañaste, se le podría decir en este caso. Está bien que no aparezcan los documentos primitivos; pero de aquí nadie podrá inferir racionalmente que ni se hicieron, ni los hay. Cada dia encuentran los curiosos entre el polvo y polilla de nuestros archivos documentos que nadie creía que existiesen. Y qué habéis hecho vosotros, mejicanos? Eh! solamente el oro y la plata merecen atencion? Por esto se baja á las entrañas de la tierra; por ello confía el hombre su vida á un frágil leño, y ¿no dará un paso para desarmar de una vez la crítica severa, y mostrar al mundo su equivocacion? Se conoce que no habéis experimentado el dulce placer del descubrimiento de un papel ó pergamino declarativo de una verdad consoladora! Acaso en el mismo archivo, donde la crítica halló la carta del virey Enríquez, que se alega contra la aparicion, estará la respuesta mas decisiva en su favor. Puede que tropecéis en el principio verdadero de la imágen, del culto y de la ermita, que por confesion del mismo virey habian visitado todos los arzobispos hasta el año de 1575; confesion que tácitamente establece dicho principio, en tiempo del señor Zumárraga, muerto en 1548. Pero os fiáis en la constante tradicion y en los testimonios domésticos. Podéis hacerlo con toda seguridad; pero es preciso desvanecer la menor sombra de duda en un tiempo en que se propende tanto á la incredulidad. Nada diré del testimonio del padre Sahagun. Es demasiado

suspica y poco honroso para propuesto en este sitio (1), y acaso podría herir su solución las leyes santas de la caridad, cuando por otro lado ni es, ni puede ser decisivo contra la congruencia y la tradición, que de acuerdo prueban la verdad de mi primera parte. Pasemos ya á la segunda, á ver los efectos y resultados felices de la primera.

SEGUNDA REFLEXION.

Aquí, señores, se me pone delante un vasto campo que me admira. Por do quiera que tiendo mis ojos, se me ofrecen en todo él tantos bienes sustituidos á tantos males, que indeliberadamente pongo en boca de los nuevos españoles las palabras del mas sabio de los reyes, ponderando la sabiduría que le comunicó el Señor: *vinieronme con ella*, dice Salomon, *todos los bienes*. Sí, todos los bienes, todas las cosas que á los ojos de la Fe merecen este nombre, todos aquellos bienes de que por impenetrables juicios de Dios, habia carecido hasta entónces el Nuevo-mundo. Descubris, oyentes, que no entran en mi plan, ni la feracidad de la tierra, ni la benignidad del clima, ni las producciones ricas de la naturaleza. ¿Qué ventaja sacaban de estos los mejicanos, para llegar á la felicidad verdadera, á que Dios destinó á todos los hijos de Adán? El oro, la plata, las piedras preciosas ¿abren al hombre los ojos, para ver la senda verdadera de la felicidad, ó mas bien le deslumbran? ¿Le libran de los cuidados devoradores, de las penalidades á que vive expuesto? Las delicias que le proporciona la naturaleza, ¿no enervan su espíritu, y le apegan á la tierra para sentir mas dejarla? La grandeza del imperio mejicano, sus artes, su industria, su comercio, sus minas, su policía, el terror que infunden sus armas en los pueblos vecinos, ¿eran algo á los ojos del Dios de las virtudes? ¿Religion santa, filosofía divina, único y verdadero don del cielo, todo es tinieblas donde tú no iluminas! Los bienes

(1) Este autor sospecha que los indios adoraban á la madre de los dioses en Tepeaquilla, aún despues de convertirse los mejicanos á la Fe, y se funda en que habiendo en todas partes muchas iglesias de nuestra Señora, no iban los mejicanos á ellas, y sí á la de Tonantein, como antiguamente. Para pensar así es preciso suponer un gran descuido en los ministros evangélicos, y una ignorancia de lo que sucede aún en nuestra España, en donde los fieles, sin incurrir en la nota de idólatras, ni aún de supersticiosos, visitan con mas frecuencia unos santuarios que otros.

(2) Sap. c. 7. v. 11

de la naturaleza se convierten en males, pues de todos abusa el hombre ciego y corrompido; pero donde ejerces tu imperio, los males se cambian en bienes, y los bienes en caminos para la eternidad feliz. El virtuoso que tú formas viviendo entre placeres, usa de ellos como si no los tuviese, y en la humillación y miseria es grande á los ojos de Dios. Tú sola le consuelas en sus trabajos y aflicciones, tú suavizas y endulzas sus tormentos, y tú le haces amable la muerte.

No esperéis de mí una negra y horrible pintura de lo que eran los mejicanos ántes de conocer la Religion del Crucificado. ¿Para qué cargar el pincel, en lo que degrada la naturaleza humana? Eran lo que todos los pueblos y naciones, que Dios abandona á los corrompidos deseos de su corazón: eran el juguete de un tirano feroz que los dominaba con imperio bárbaro y cruel, que los sacrificaba con placer: eran idólatras, y para volver al texto de Isaías, eran aquel pueblo hollado por el demonio y sus sacerdotes fanáticos é inhumanos, aquella nación cuya tierra habian robado y despedazado los rios de los vicios, devastando hasta los restos de la hermosura y grandeza que puso el Criador en el hombre. La imágen de Dios solamente se reconocia en algunos lineamentos, que no acaba de borrar la corrupción, como dice el grande Agustino. Pero llega el dia de la luz á un pueblo que yacía en las tinieblas y sombra de muerte: se oye por la primera vez en aquel nuevo mundo la voz de la verdad, y su eco resuena desde donde sale el sol hasta donde se oculta, desde el polo ártico al antártico. La aurora precede al sol, y la cuarta parte del mundo muda enteramente de semblante. No se busque ya en ella el pueblo despedazado y desmembrado: no se la crea sin defensor. Cumpliósese su esperanza: verificáronse los planes del Eterno. Miéntras el mundo antiguo, ingrato á los beneficios de Dios se rebela en unas partes contra su Iglesia: miéntras en otras se sustituye la media luna á la cruz y el Koran al Evangelio; miéntras en estas, con pretexto de pureza y reforma, se sacrifican millones de almas á la herejía, y en aquellas se cuida mas de lo temporal y terreno, que de lo eterno y celestial; la Religion resarce en un nuevo mundo las pérdidas del antiguo, y se multiplican prodigiosamente los dóciles, los seacillos, los humildes y los obedientes hijos de la Iglesia. «No temas,» dice el Señor á esta, «no temas, yo estoy contigo. Del Oriente te traeré hijos, y del Occi-

dente generaciones. Diré al aquilon, dá; y al austro, no lo impidas; trae mis hijos de lo mas lejano, y mis hijas desde los últimos términos de la tierra. Yo, yo soy el que por mi nombre he creado á cuantos lo invocan, yo los formé. Salga ese pueblo ciego hasta aquí, ese sordo con oídos. Reúnanse tantas naciones, júntense tantos pueblos. Yo soy el mismo desde el principio. Obraré, ¿y quién me lo impedirá? Los llevaré á mi santo monte, y los alegraré en la casa de mi oracion: serán aceptas sobre mi altar sus víctimas y agradables sus holocaustos.» (1) Dice, y se hace. Son estos bienes, oyentes? Pues venid á verlos en el templo ante la imágen de Guadalupe.

Los ciegos ven, los sordos oyen y los pobres evangelizan. Mil lenguas, ántes impedidas por el demonio para no alabar á Dios, ni bendecir á su madre, se desatan hoy en alabanzas y bendiciones. De la boca del infante y del que aún mama, perfecciona alabanzas para confundir á sus enemigos. Cien idiomas diversos expresan unos mismos sentimientos. Deliro? sueño? no: trasladáos al monte de Tepeyacac, y ved á los indios devotos recorrerlo todo con sus hijos y nietos. «Aquí,» les dicen, «aquí en lo mas alto del monte se apareció nuestra Madre por la primera vez al devoto Juan Diego. Allá bajo junto á la fuente, le salió á recibir, cuando por no detenerse, tomó un camino desusado. En derredor de este sitio que huellan nuestras plantas, se cortaron las rosas que sirvieron de colorido á la pintura divina. Resuene pues entre estos peñascos nuestra voz agradecida, y cantemos alabanzas á nuestra Madre.» Bajemos con ellos al templo... Oh! confundíos, europeos! Escuchád las expresiones mas dulces y tiernas del amor. Ved aquí postrados á unos cosido su rostro con el pavimento, miéntras sus almas elevadas en alas de la fe, suben con vuelo rápido al trono excelso del Eterno y de su madre. Ved allí á otros arrastrándose desde la puerta al altar, para poner sobre él los recientes frutos de sus castos amores. Los miran enternecidos, y alargando el brazo para señalarles la imágen, como que les dicen: «ved allí á vuestra madre: ella lo es nuestra. Con ella nos vino la Fe, y con la Fe el consuelo, el alivio, el remedio y el término de todos nuestros males. Qué es la pobreza, si ella la santifica? qué la persecucion, si ella la sufre? qué el trabajo, si ella lo en-

(1) *Isai. c. 43. v. 5. et seqq.*

seña? Ah! que su vista sola instruye en todas las virtudes! Es el libro de los ignorantes, hijos; pero libro elocuente y enérgico, libro divino que para hablarnos en nuestro lenguaje, nos envió Dios por un privilegio singular.»

Altamente impresas estas lecciones en los tiernecitos pechos de los niños, las llevan grabadas juntamente con la imágen de su Madre. Viven con ellos, crecen con ellos, y para que jamas se borren, repiten cuanto pueden las visitas. Yo los hallo penetrados de aquellos sentimientos, que el glorioso san Bernardo enseñó á todos los hijos de María. Cuando les parece que surcan un mar proceloso, mas bravo y alterado que el que los separa de nosotros, no temen ser oprimidos de sus olas, si enclavan sus ojos en María. Si se levantan los furiosos vientos de las tentaciones, y los llevan precipitadamente contra los escollos de la tribulacion, miran la estrella, llaman á María. Si las olas altas de la soberbia, de la ambicion, de la envidia, de la ira, de la avaricia ó de la concupiscencia carnal, hacen á su alma juguete de sus movimientos, miran la estrella, claman á María. Si la gravedad de sus crímenes los turba, si las feas manchas de su conciencia los confunden, si el terror del juicio último los amedrenta, y empieza á sumirlos en el abismo de la tristeza y de la desesperacion, invocan á María. En la imitacion de sus virtudes, en la práctica de sus lecciones fundan la sólida esperanza de hallar siempre su proteccion. No faltan pruebas de estas verdades: no, no sucede solo entre los mejicanos el que condenado uno por sus delitos al último suplicio y obstinado en morir impenitente, abra los ojos, lllore sus pecados, y los expie con una muerte cristiana y edificante, cuando un ministro del Señor le dirige esta sola expresion: *y qué dirá nuestra madre María de Guadalupe?* Es un hecho ocurrido en Manila, y contado por un hombre fidedigno. Estas mismas lecciones sostienen siempre viva su fe, su esperanza y su caridad. De estas, como de fuente copiosa, nacen todas las demas, que deben adornar un corazon verdaderamente cristiano. La paciencia en los trabajos, la benignidad, la mansedumbre, la sencillez cristiana, y sobre todo, aquel fondo de religion, que nace mas bien del sentimiento que del discurso, caracteriza á estos verdaderos hijos de María. Conocéis, oyentes, que he entrado en un mar insondable, pues para navegarlo en todos sentidos, seria preciso hacer una enumeracion de las gracias y beneficios

que el Señor ha derramado sobre cada mejicano por la intercesion de María santísima; y ya os he dicho que ni he entrado en los consejos eternos, ni asistido á la formacion de los decretos divinos. Solamente en aquel dia en que se abra el libro donde están escritas, podrán saberse.

Ya no deberia yo hablaros de otros bienes que no lo son en sí, sino por el buen uso que de ellos hacen los hombres; ni tampoco de la libertad de aquellos males que Dios envía de cuando en cuando á los pueblos, para castigar sus delitos; pero somos hombres, y nuestros sentimientos saben demasiado á la tierra de que fuimos formados: nos causa mas impresion lo temporal, que lo espiritual; pero ni aún por esta debilidad deja María de socorrer vuestras necesidades. Invocáis su nombre en Guadalupe, y ella os oye en el cielo. Ante su imágen aviváis vuestra fe, y á esta se concede la salud pública en Méjico, y el que esta ciudad famosa no quede sepultada muchas veces entre las aguas. No tengo por conveniente repetir lo que tantas veces habéis oído desde este sitio sagrado, pues ademas de que abusaria de vuestra paciencia, únicamente pudiera lograr divertir vuestra curiosidad con cuadros de muerte y de horrores, y ya me parece tiempo de recoger velas.

He surcado con los conquistadores del Nuevo-mundo esos mares procelosos por donde los conduce la Providencia á disponer un pueblo terrible á que tribute al Dios de los ejércitos un don agradable sobre la montaña de Sion. Habéis visto en María una madre tierna, que constante en propagar la semilla del Evangelio, y multiplicar los miembros de su Hijo, baja de su trono para sembrarla en la Nueva España como en otro tiempo en la antigua. Enamorada de la docilidad, devocion y humildad del neófito Juan Diego, se le aparece varias veces, le da su retrato en prueba del amor que tiene á los indios, y en prenda segura de los bienes que derramará sobre ellos. Con esto prepara la tierra, y eleva las almas abatidas: así reciben los indios gustosos el bautismo, y entran á millones en la Iglesia. La tradicion mas constante y sostenida viene en apoyo de esta conjetura, y pone en la mayor evidencia la verdad de la aparicion y el origen milagroso de la imágen de Guadalupe, sin que puedan oscurecer esta verdad, ni el silencio de algunos historiadores españoles, ni la falta de documentos originales, no bien buscados, ni la carta del virey que señaló con duda el

origen del culto, ni últimamente las sospechas de una pluma que hace poco honor á los ministros de Dios y del rey. Por otra parte los beneficios que con la preciosa imágen vinieron á la Nueva España, los milagros espirituales y corporales obrados por Dios en favor de la fe viva excitada en los mejicanos, á la presencia y memoria de la hermosa prenda de su amor; todo esto prueba la verdad de la aparicion y sus felices resultados; que fué lo que os propuse.

Perdonád, señores, si mi tosco y desaliñado discurso no ha correspondido á vuestras esperanzas, ni á la tierna devocion del digno congregante, que puso sobre mis débiles hombros tan pesada carga, y no me ha visto oprimido con ella, porque pasó á la eternidad cuatro dias hace á recibir el premio de sus buenos deseos y de su devocion á María. Ay! me parece oír de su boca las dulces expresiones del amor y los tiernos afectos de un corazon lleno de zelo por la causa que he procurado defender. Aún resuena en mi oído el eco de una voz, que por tantos años propagó con infatigable trabajo la sólida devocion á María santísima (1). Muerte cruel! ¿y á estos arrebatos, dejando acá los indiferentes, por no decir mas? Providencia adorable! ¿quitas los apoyos, cuando mas se necesitan, para que se desplome el edificio en castigo de la ingratitud? ¿Cortas con la hoz, segun la profecía citada, los tiernos retoños, y dejas los restos en pasto á las fieras, permitiendo que el cisma, la herejía y la impiedad á la negra sombra de la guerra entren en un país, que desde la conquista no ha sufrido la menor mancha en la fe? ¿Y verás, ó madre tierna, verás indiferente la devastacion de tu herencia? Ay! no sea así: contén, contén el brazo del Dios vengador que amenaza á la América toda. Desarmen tus súplicas su ira exterminadora, y pídele que dé la paz á aquella noble porcion de la Iglesia santa. Qué podrá negarte tu Hijo? Pide pues; y haz que restituída la calma, y reunidos todos españoles y americanos con los lazos de la caridad (2), te veneremos con devocion pura, y ofrezcamos al Dios de los ejércitos don agradable en su Iglesia; don que se completará en la montaña eterna de Sion, que es la gloria que yo os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

(1) El señor Doctor y Maestro D. José María Alcalá y Orozco, canónigo magistral de la santa iglesia metropolitana de Méjico.

(2) Este sermón se predicaba en la iglesia de san Felipe el real de Madrid, el día 12 de diciembre de 1819.